

Las tensiones del mestizaje novohispano. Los cuadros de castas

Pérez Diestre, José Antonio

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/559>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LAS TENSIONES DEL MESTIZAJE NOVOHISPANO LOS CUADROS DE CASTAS*

José Antonio Pérez Diestre**

Introducción

Uno de los problemas más comunes en torno al tema de la identidad radica en que continuamente se trata de reafirmar al sí mismo como sujeto individual, único, pero se olvida que independiente de cualquier nacionalidad, la cuestión de la pureza de razas es discutible y tiene poca vigencia frente a los problemas multiculturales que competen al mundo y pensamiento contemporáneos.

La cuestión de las “castas” –raza, linaje, clase social– engloba el sentido de pureza (piénsese en *casto*), ligado al concepto de las *razas puras*. La manifestación más amplia y problemática de este fenómeno la podemos localizar claramente en la sociedad novohispana y específicamente en la plástica del siglo XVIII denominada como la “pintura de castas”, en la cual artistas con diferentes grados de talento (desde pintores anónimos hasta maestros de la talla de Miguel Cabrera) realizaron una serie de pinturas que ilustraban las combinaciones raciales posibles en la Nueva España.

* Este artículo forma parte de la línea de investigación titulada “Cultura Iberoamericana: el arte en la familia de habla hispana, el marco del encuentro”, desarrollada en la maestría en Estética y Arte de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) durante 2001-2002.

** Profesor e investigador de la Maestría en Estética y Arte de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP.

Ahora bien, esta pintura de castas (donde se proyecta una poética del imaginario social novohispano) pone de manifiesto —entre otros aspectos— la complejidad de las integraciones familiares entre personas de culturas distintas, de lo cual deviene la unión de la diversidad cuyo fruto es el hombre mestizo, síntesis de las culturas española e india.

El mestizaje —en sentido estricto—, fue un acontecimiento primordial en la fundación de la Nueva España. La hibridación de la especie humana, originada por el cruce entre las distintas razas que fluctuaron en ese momento histórico —como pudiera pensarse— no ha concluido y continúa manifestándose en los problemas de la identidad y, especialmente, de la alteridad (del latín *alterare* ‘alterar’: hacer que se vuelva otro) o el problema del otro. Tal es el tópico central de la pintura de castas, donde detrás de la representación podemos dilucidar la presencia de otro (un europeo) asombrado ante la presencia de los indios americanos. En este sentido concordamos con Margarita de Orellana cuando afirma que “cualquier estudio que se ocupe de la pintura de castas se sitúa inmediatamente en una problemática conocida como historia de la alteridad, o historia de la representación del otro” (1990: 52).

La mezcla de culturas encubre, por tanto, fenómenos dispares y situaciones extremadamente diversas que podemos circunscribir tanto al paso de la globalización como a la unión de valores universales con valores propios. Pero este proceso, que rebasa claramente las fronteras de lo exclusivamente cultural, plantea otra cuestión fundamental, tan evidente que a menudo terminamos por no tener en cuenta: ¿por qué medios se mezclan las culturas, bajo qué condiciones, en qué circunstancias, según qué modalidades, a qué ritmo?

Este artículo toma como objeto de estudio la pintura de castas para así tratar de reflexionar sobre esta serie de operaciones donde identificamos, de entrada, el concepto de *tensión* para definir la mayor parte de los procesos de mestizaje que se concretaron bajo las luchas, acuerdos y diálogos entre los indígenas y los españoles. Pero el lector puede preguntarse —de forma totalmente válida—: ¿para qué hablar de problemas pasados que pueden parecer ya finalizados y uniformes en la Historia de México? Nosotros creemos que esta vuelta atrás por medio de la reflexión del arte, no es más que una manera de hablar del presente, pues hay que recordar que mirar atrás —con una perspectiva

actual-, permite tener una evaluación más concreta y menos impresionista del fenómeno. Por otro lado, el estudio de las castas y de los mestizajes del ayer plantea una serie de interrogantes que siguen vigentes en nuestra sociedad.

El encuentro. Primer punto del itinerario

“Yo y mis compañeros de viaje sufrimos una enfermedad del corazón que sólo puede curarse con el oro...” Con estas palabras dirigidas al gobernante azteca, Hernán Cortés revelaba, entre otros aspectos, la complejidad del móvil de la Conquista. Palabras auténticas ya que fueron anotadas personalmente por Francisco López de Gomara, capellán y biógrafo del Gran Capitán.

No era un mensaje casual: todo lo que sucedió en torno a aquella primera entrevista entre Cortés y Moctezuma trascendía a sus propios protagonistas. Más que un diálogo, se trataba del enfrentamiento y la compleja unión de dos civilizaciones. La visita, que había sido anticipada con presagios propios de la cultura mágica precolombina, contó con todos los ingredientes de una ópera épica (no sin razón varias óperas serían compuestas basadas en esta reunión de actores históricos). Uno era el adelantado de un mundo en expansión, el otro personificaba una cultura que no gustaba de alianzas y que presentía su propio fin. Fue ese día, entre volcanes y pirámides, cuando tuvo lugar el genuino encuentro de dos mundos, cuando se inició el primer presagio del verdadero mestizaje.

¿Qué había sucedido antes? En realidad, a la muerte de Cristóbal Colón, los europeos no sabían a ciencia cierta qué había descubierto el Gran Almirante. Aun cuando al año siguiente Martin Waldseemuller definió el Nuevo Mundo ya no como un conjunto de islas, sino como un vasto continente, muchos contemporáneos seguirían considerando las “nuevas” tierras como un apéndice asiático. En buena medida, y sin afán de restar importancia a los acontecimientos en otras latitudes, mientras que los viajes se limitaron al paradisíaco Caribe, en el Viejo Mundo no se dio una toma de conciencia precisa sobre la realidad americana. Se ha dicho que en aquellos primeros años del llamado descubrimiento, los europeos tenían una doble imagen de las tierras

recién encontradas: una era clásica y se relacionaba con Occidente; la otra medieval y se inspiraba en Oriente.

Itinerario de la “tensión”

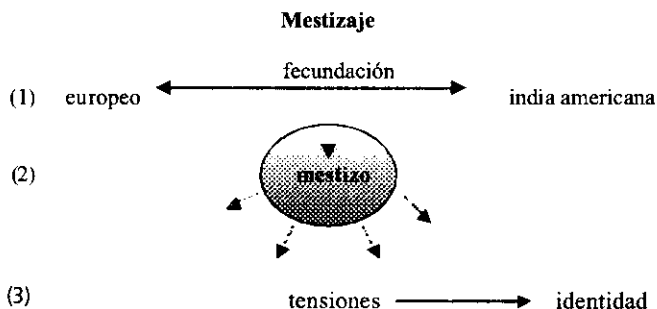
En su acepción etimológica, “mestizo” es aquel sujeto de padres de razas diferentes; el término proviene del latín vulgar *misticus* ‘mezclado’. Ahora bien, esta mezcla no es propiamente arbitraria, ya que el término –acuñado por los españoles– se refería en un principio, al hijo de europeo e india americana (véase figura 1, “De español e india, nace mestiza”, de Buenaventura Joseph Guiol, siglo XVIII, México).

Los sujetos involucrados en la mezcla (español e indígena) proponen un orden horizontal y lineal que corre de lo masculino a lo femenino, lo cual implica en el medio del recorrido una tensión básica (la fecundación) que pudo haber sido, ya sea de común acuerdo, o de forma violenta. Si tomamos a esta tensión como una estructura de sopor-



Figura 1

te, veremos que el fruto de esa procreación (el mestizo) es tanto la síntesis de dos mundos, como el pasaje donde diversas fuerzas culturales, raciales, económicas, sociales, entre otras, entraron en conflicto. De forma primaria, lo podríamos ilustrar con el siguiente esquema:



Este breve esquema nos puede dar cuenta de lo que he denominado *itinerario de la tensión*, que nos conduce inevitablemente a dilucidar sobre el concepto de mestizaje en la cultura novohispana. El primer nivel (1) que tiene una flecha con doble dirección, indica el proceso básico de fecundación y procreación, que lleva dentro de sí una serie de problemáticas y tensiones con respecto a la fuerza o acuerdos con que se estableció la relación sexual por parte de los españoles a las indias americanas (hay que recordar que los primeros españoles que se asentaron en tierras indianas fueron hombres y no había discriminación racial tan severa como en las colonias inglesas).

El segundo nivel (2) pertenece ya en sí a lo procreado, al sujeto mestizo, pero este sujeto es el que ha surgido de una mezcla, en ocasiones violenta, entre dos fuerzas y dos sexos de culturas distintas, el cual es fruto propiamente de una tensión que lo identifica y lo problematiza como sujeto mismo. Al respecto Jacques Lafaye ha destacado que “el papel de los mestizos en la sociedad mexicana fue desde muy temprano un factor de inestabilidad [...] Esos primeros mestizos de padre español y de madre india no tenían ni hogar ni un lugar definido en la sociedad de su tiempo” (1990: 29).

Derivada del segundo nivel, la tercer problemática (3) es propia-

mente la de la identidad; de ahí partimos que su mismidad sólo puede ser vista como un itinerario de uniones y desuniones entre dos actores. Esta cuestión básica dejaría de lado ubicarse desde un punto de vista maniqueo y/o estrictamente nacionalista, y nos permitiría ver al mestizaje como un “proceso” que actualmente sigue manifestándose como una característica compleja de la identidad.

En el mismo sentido, los mestizajes propiciados por la conquista del Nuevo Mundo parecen inseparables de otros dos fenómenos mayores en la América del siglo XVI: por una parte lo que suele denominarse el *choque de la conquista*, y por otro, lo que podemos denominar *occidentalización*, empresa multiforme que conduce a Europa occidental a seguir los pasos de Castilla y conquistar los territorios del Nuevo Mundo. El hecho de que los mestizajes se inscriban en una fase de expansión europea y en un contexto de colonización, impide que se puedan reducir a un fenómeno estrictamente cultural. Si queremos comprenderlos, no podemos hacer abstracción de sus vínculos con la conquista y la occidentalización a las que acompañan, ya que a pesar de que los mestizajes de los tiempos modernos aparecen de ordinario sobre fondos turbios, hay que tener en cuenta que no todos los mestizajes nacen forzosamente de una conquista, aunque los que la expansión occidental realizó en América conllevan, entre otros, aspectos ligados a los escombros de una guerra y una derrota.

Las formas del mestizaje: la pintura de castas

Las relaciones entre vencedores y vencidos también adoptaron la forma de mestizajes que complejizaron los límites que las nuevas autoridades trataban de mantener entre las dos poblaciones. Desde el principio, el mestizaje biológico, es decir, la mezcla de los cuerpos, introdujo un elemento perturbador y novedoso al que fue necesario clasificársele por medio de una diversidad de nombres que respondían a una casta, que era el fruto de un cruce de razas distintas.

Los primeros emigrantes europeos eran varones en una mayoría considerable: soldados, hidalgos, clérigos, comerciantes y aventureros de todo tipo. Estos europeos se arrogaron los derechos de todos los vencedores, se comportaron más libremente fuera del control de la



Figura 2

Iglesia católica, a la que rendían culto con su conquista de nuevas tierras. Su establecimiento como sociedad española en tierras americanas implicó que asentaran el modelo social de su país, constituyendo una forma de vida sustentada en la familia y por consecuencia, en el matrimonio con mujeres indígenas, cuyo fruto fue el hombre mestizo. Ahora bien, la cuestión de las castas es mayor y no se reduce a la unión de español con indígena, ya que se han logrado identificar, aproximadamente, más de

cincuenta clases de castas en la Nueva España, todo ello fruto del análisis iconográfico de este género de pinturas (García Sáiz, 1992, pp. 77-104).

El género pictórico conocido como las castas se originó en Latinoamérica en el siglo XVIII (aproximadamente después de 1720) y continuó produciéndose hasta comienzos del siglo XIX. Si bien algunas de esas obras se realizaron en otros países de América, la mayoría son originarias de México. Estos cuadros representan las diferentes mezclas raciales que caracterizaron al continente americano durante la Colonia y constan de series que en su mayoría se componen de dieciséis escenas que representan a una pareja con un niño, y en algunas ocasiones con dos (véase figura 2, “De albarasado y mestiza, barzino”, de Miguel Cabrera, 1763, Madrid).

La pintura de castas constituye un fenómeno singular dentro de la producción artística colonial, ya que mientras que las obras de ese periodo se caracterizan por su temática religiosa, la pintura de castas

destaca por su contenido secular. En ellas existe un interés no sólo por describir las mezclas raciales del continente americano, sino también por mostrar las diferentes costumbres, indumentarias y otros elementos sociales de la vida en las colonias, tales como la vida burguesa de los españoles en la Nueva España (véase figura 3, “De español y castiza, nace española”, de Buenaventura Joseph Guiol, siglo XVIII, México) o los oficios de los mestizos en dicha sociedad (véase figura 4, “De indio y mestiza, produce coyote”, de José de Páez, 1780, México).

En estas pinturas, como en una gran parte de las obras producidas en la época colonial, el artista se vale de modelos europeos para crear sus obras, sin embargo, hay que señalar que la actividad del artista colonial no se limitaba a la mera imitación de modelos europeos. En los cuadros de castas hay una apropiación de los valores europeos y, en última instancia, una transformación de estas fuentes, que resulta en la creación de obras con valores propios que ostentan una gran originalidad y, en definitiva, un carácter propiamente americano.



Figura 3



Figura 4

Este flujo de lo universal a lo propio no es gratuito ni un proceso sencillo, ya que para que nosotros podamos reconocer tal influencia en la pintura de castas, tanto criollos, mestizos, indios, negros y españoles tuvieron que inventar en su vida cotidiana, modos de coexistencia y antes que nada, formas de subsistencia. Entonces vemos que la complejidad de este proceso social también siguió un camino que enfrentó al caos para transformarlo en un elemento coherente de integración social en la Nueva España.

Conclusión

A través de la reflexión sobre la pintura de castas hemos tratado de destacar que si bien en las representaciones plásticas de este género hay un intento por clasificar las distintas mezclas entre los habitantes de la Nueva España, la propia dinámica del cruce —cuyo resultado es el mestizo— rompe los esquemas para mostrarnos la complejidad de la sociedad

novohispana y de todo sujeto involucrado que también pueda considerarse hijo del Siglo de Oro de Iberoamérica. Por todas estas razones, desde nuestra perspectiva como sujetos hacedores de historia, es necesario que revisemos ese concepto falsamente cerrado que es el “mestizaje”, y especialmente su aplicación semántica en la Nueva España.

Una de las opciones consiste en ver al mestizo como producto tensivo del encuentro de fuerzas que lo constituye, lo fortifica y, finalmente, le da presencia en el mundo actual. Mestizos siguen fecundándose en todo el mundo, la cuestión es valorarlos en un contexto distinto, más abierto y ciertamente “dinámico”.

Referencias bibliográficas

- DE BENAVENTE, T. (1971), *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, México, UNAM.
- DE ORELLANA, M. (1990), “La fiebre de la imagen en la pintura de castas”, *Artes de México* 8, México.
- FOSTER, G. (1962), *La herencia de la conquista, la herencia española de América*, Jalapa, Universidad Veracruzana.
- GARCÍA SÁIZ, M. C. (1990), *Las castas mexicanas. Un género pictórico americano*, Milán, Olivetti.
- _____ (1992), “Nuevas precisiones sobre la pintura de castas”, en *Cuadernos de arte colonial* 8, México.
- GRUZINSKI, S. (2000), *El pensamiento mestizo*, España, Paidós.
- LAFAYE, J. (1990), “La sociedad de las castas en la Nueva España”, *Artes de México* 8, México.
- TODOROV, T. (2000), *La conquista de América, el problema del otro*, 11ª edición, trad. Flora Botton Burlá, México, Siglo XXI.

Iconografía

Artes de México, Revista libro número 8, México, 1990.